

La búsqueda de la libertad

Santiago Carretero Cuadros



Capítulo 1

SEGARTERA, AÑO 1100

Para ser señor de uno de los territorios de Marovia, necesitabas acudir a la capital, a Emperador y, una vez allí, entrevistarte con el gobernador Benekram, un hombre rudo y sanguinario, descendiente de la famosa estirpe de los Barendian. El gobernante de Emperador vendía siempre al mejor postor cualquiera de los cinco territorios que rodeaban su ciudad. Aquella subasta tenía lugar cada doce meses, mas, era extraño que, en tan escaso periodo de tiempo, los señores cambiaran de un año para otro. Solían mantenerse por ciclos de tiempo más extensos. De hecho, cuando se producía un cambio, solía ser debido al fallecimiento del patriarca o dueño del territorio. Habitualmente, la muerte solía ocurrir por enfermedad o debido a la vejez, mas, en Segartera, aquella tradición, se terció un buen día de verano del año 1100.

Dagoberto, el señor de Segartera, había comprado aquellas tierras cinco años atrás. Durante aquel periodo de tiempo, no había conseguido tener descendencia, a pesar de haber contraído matrimonio en tres ocasiones. Ninguna de sus tres esposas había logrado quedarse embarazada, por lo que sus feudatarios desconfiaban de la hombría de su patriarca. A ojos de los territorios colindantes era un hombre débil, afeminado y excesivamente condescendiente con aquellos que, en ocasiones, se negaban a pagar los tributos exigidos por ley. En más de una ocasión, Benekram lo había advertido por el retraso de los pagos, mas, Dagoberto, siempre trataba de limar asperezas con el máximo dirigente del país. A pesar, de su aparente debilidad, tenía la virtud de sacar cara por sus ciudadanos, pero jamás imaginó que aquel día de verano, algunos de sus súbditos estuviesen planificando una rebelión.

Conrad se encontraba trabajando en el taller de carpintería que poseía su padre desde hacía más de veinticinco años. Desde muy joven, Detlef, su primogénito, lo había ido cultivando en aquel oficio que les proporcionaba interesantes beneficios familiares para sobrevivir en una tierra donde la supervivencia no era tarea fácil. Se dedicaban a construir los encargos que les realizaban los vecinos de la zona, mas, de vez en cuando, también recibían solicitudes de hombres nobles que vivían más al oeste de Segartera, en aquellos territorios fronterizos con la capital.

La ciudad de Segartera siempre había sido muy codiciada por aquellos nobles que deseaban convertirse en Señores, pues era la única de todo el país que poseía salida al mar, por lo que tenía puerto, y eso significa una interesante entrada de riquezas. También es cierto que ello los obligaba a tener un poderoso ejército, pues debían mantener firme su frontera al norte con el Reino de los Reyes y ser poderosos marinos para evitar las incursiones de los piratas que solían navegar cerca de las costas.

A Conrad nunca le había atraído la vida de soldado. Había preferido siempre una vida mucho más tranquila y monótona, al lado de su padre. Aquella tarde de verano, Detlef le comentó algo que había visto cuando se dirigía hacia la carpintería.

—He pasado por la plaza Mayor y habían colocado una gran tarima de madera. Al parecer, alguien se dispone a dar un discurso o algo por el estilo.

—¿De madera? —Preguntó extrañado su hijo—. Existen pocas carpinterías por los alrededores. Es extraño que no nos hayan hecho el encargo a nosotros.

—Tal vez se la hayan encargado a Cristoph. La verdad es que eso es lo que menos me preocupa.

—Entonces, ¿qué es lo que le inquieta, padre?

—Los rumores que circulan por la ciudad en los últimos tiempos no son nada halagüeños. Tengo entendido que varios nobles no están dispuestos a que Dagoberto vuelva a salir elegido como Señor de nuestras tierras. La excusa perfecta es la nimiedad de no haber sido todavía padre, a pesar de sus tres matrimonios, mas yo estoy seguro que ese no es el motivo verdadero. Quedan pocos meses para que se vuelva a realizar la puja, y todos son conscientes de la gran cantidad de dinero que posee Dagoberto.

—¿Piensas que lo pueden obligar a dimitir de su cargo?

Detlef movió la cabeza en señal de aceptación. Cuando un hombre alcanzaba el cargo de Señor, se aseguraba grandes rentas que, si sabía administrar bien, le permitían poder presentarse a la puja como el mejor postor para renovar su estatus. Al parecer, eso es a lo que no estaban dispuestos los nobles de Segartera.

—¿Cuál crees que puede ser el motivo verdadero para querer destituirlo?

—Se interesó Conrad, ávido de la versión de su padre, un hombre sin estudios pero perspicaz como los lobos que habitaban las montañas que hacían de frontera con la ciudad de Gatónés.

—Dagoberto es un buen hombre, mas también es cierto que mucha gente se aprovecha de él debido a su condición. Llevo semanas escuchando los rumores que corren por las tabernas. Al parecer varios nobles apostarían por una política mucho más severa, más estricta, más dictatorial.

—¿Y en qué nos puede beneficiar o perjudicar ese cambio a nosotros, padre?

—Los cambios siempre hay que asumirlos con respeto, hijo. Yo no le tengo miedo a los cambios políticos. No es el primero que sufrimos. Pero, la idea de instalar una dictadura en Segartera, puede conducirnos a revueltas callejeras, a enfrentamientos contra las autoridades, a una sublevación de aquellos que no quieren un nuevo gobierno. Todos esos movimientos llevan consigo el caos, e incluso podría conducirnos a una guerra civil.

—Benekram no permitiría que se llegase a ese extremo. Eso tampoco beneficiaría a la capital. Te recuerdo, padre, que Segartera es la única ciudad que posee puerto y a través de él entra mucha mercancía que

luego es transportada al resto de ciudades, la de Emperador incluida.

—Esperemos que lleves razón en tus palabras, hijo. Tal vez solo sean conjeturas en la cabeza de tu viejo padre. Tal vez me esté convirtiendo en un viejo miedoso. Madre y yo solo queremos lo mejor para ti, tu felicidad es nuestra única meta en esta vida.

Conrad se acercó a él y lo tomó de las manos. La piel de Detlef se arrugaba a medida que pasaban los años. Su barba blanca era una prueba más del paso del tiempo y, aquellos ojos azules, escondidos tras una mirada timorata, le hacían parecer un hombre entrañable y vulnerable, pero encantador.

—No va a pasar nada, padre. Madre y tú no debéis tener miedo. Yo siempre estaré a vuestro lado.

—Tú lo que debes hacer es caso a tu madre. Debes buscarte una buena mujer, casarte y tener descendencia. Mira lo que les ocurre a aquellos que no lo logran. Son criticados por sus enemigos y desposeídos de sus cargos. Al menos, sus detractores tienen la excusa perfecta.

Conrad sonrió abiertamente. Él no tenía enemigos, nadie contrario a él. ¿A quién podía molestarle un simple carpintero que se pasaba la mayor parte del día al lado de su anciano padre? En cuanto a lo de las mujeres, todavía se consideraba un hombre joven para enamorarse. Apenas tenía diecisiete años de edad y lo cierto es que aun no había encontrado a una chica que lo hiciera perder el sentido por nadie.

—No sufráis por ello, padre. Algún día os presentaré a alguna joven de Segartera con la que contraeré matrimonio y os daremos nietos —La frase fue acompañada de una sonrisa pícara y traviesa.

Capítulo 2

Cuando Conrad y Detlef terminaron su jornada, recogieron como de costumbre sus herramientas, limpiaron el taller, asearon sus manos y sus rostros en una escudilla que llenaban de agua de la fuente más cercana y se encaminaron hacia su casa. El sol todavía despuntaba en el horizonte, mas el cielo comenzaba a tomar el color anaranjado de todas las tardes. Todavía no era necesaria la luz de las antorchas para alumbrar las calles, por lo que no era muy habitual encontrar aquellos callejones tan desérticos de gente. Apenas se fueron cruzando con algunos críos que jugueteaban entre ellos, algún que otro perro vagabundo que merodeaba en busca de algún currusco de pan duro y algún anciano que se encontraba sentado a la puerta de su hogar aprovechando los últimos rayos del sol.

Padre e hijo continuaron caminando ignorando aquella soledad que reinaba en el trayecto de vuelta hasta su hogar. Detlef solo tenía en mente la cena que su buena esposa le habría preparado. La verdad es que después de todo el día trabajando duramente en el taller, el hambre comenzaba a golpear en la boca de su estómago. Conrad, por su parte, iba dándole vueltas a la cabeza sobre la conversación que había mantenido con su progenitor aquella tarde sobre la posibilidad de que el Señor de Segartera pudiese encontrarse en problemas para renovar su Señorío. La posibilidad de una guerra civil, como Detlef le había insinuado, le había puesto alerta aunque, evidentemente, hubiese tratado de disimular su intranquilidad ante los ojos de su padre. Se consideraba un buen hijo y uno de los requisitos para serlo era tratar de cuidar en todo cuanto estuviese en sus manos a las personas que le habían regalado la vida.

Apenas sin darse cuenta, se acercaron a las inmediaciones de la plaza Mayor. Habitualmente solían cruzarla sin demasiados problemas pues, a aquellas horas del día, los fruteros, los artesanos, los carniceros, incluso los herreros que solían poner sus puestos se encontraban ya recogiendo para dar también por terminada su jornada laboral. Sin embargo, aquella tarde, todo parecía distinto. Infinidad de personas se arremolinaban entre los arcos de entrada a la explanada. Trataban de observar por encima de las cabezas de aquellos que se encontraban en las filas delanteras y algunos que otros proporcionaban empujones para abrirse paso entre el gentío.

—Será mejor que rodeemos la plaza por la parte de afuera, Conrad. Te lo contrario hoy no llegaremos a casa —comentó Detlef disgustado ante la adversidad. Cuando el hambre le apretaba su carácter se agriaba y se convertía en un hombre con poca paciencia.

—¿Por qué no preguntamos lo que ocurre? —Dijo Conrad con cierto entusiasmo.

—No te preocupes, hijo, sea lo que fuere te puedo asegurar que mañana nos enteraremos. Si no llegamos a tiempo para la cena tu madre se preocupará. No está acostumbrada a que nos retrasemos tanto tiempo y, por lo que veo, aquí hay para rato.

Conrad miró a su padre, al mismo tiempo que ignoraba sus palabras y se dirigió a un hombre que trataba de alzarse como buenamente podía apoyándose en los hombros del que tenía delante de él.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó entre el bullicio de voces.

—Dagoberto está a punto de dirigirse a nosotros. Al parecer tiene algo importante que comunicar a los ciudadanos.

—Tal vez deberíamos quedarnos, padre —Conrad se dirigió a Detlef que lo observaba desafiante a su lado.

—Ya te he comentado, hijo, que tengo hambre, que tu madre se preocupará por nuestro retraso y que lo que diga Dagoberto llegará a nosotros mañana a primera hora. Yo no pienso quedarme. Lo mejor es que continuemos nuestro camino. Rodeemos la plaza por fuera y así evitaremos la acumulación de gente.

Conrad observó de nuevo a su progenitor, al tiempo que lanzaba miradas de reojo hacia el interior de la plaza Mayor, donde Dagoberto no tardaría en transmitir su mensaje a sus súbditos.

—Vaya usted, padre —le dijo finalmente—. Yo prefiero quedarme y enterarme por mí mismo de lo que ocurre. En cuanto escuche a Dagoberto, iré para casa. Dígale a madre que no importa que la comida se enfríe. Llegaré con tanta hambre que devoraré lo que haya en el plato.

Detlef miró a su hijo. De buena gana le hubiese dado un coscorrón y lo hubiese obligado a acompañarlo a casa, mas de pronto se dio cuenta que Conrad necesitaba libertad si quería vivir su propia vida. Era joven y era normal que tuviese interés por aquellos asuntos políticos o sociales que tuvieran que ver con su ciudad. Horas antes le había achacado que no tuviese novia, mas para ello debían comenzar a dejarlo volar. No podrían protegerlo el resto de su vida. Tarde o temprano ellos serían tan ancianos que sería él quien tuviese que protegerlos a ellos. Así era la rueda de la vida. Dejarlo libre le daría más conocimiento, más experiencias, más oportunidades. Detlef le sonrió mientras se veía a sí mismo, muchos años atrás, con la edad de su hijo.

—Está bien, Conrad. ¿Quién mejor que tú para que me traigas las noticias a casa? De todas formas, ten cuidado. No intentes entrar en el interior de la plaza. Puede producirse una avalancha de gente.

El hijo besó a su padre en la mejilla y le sonrió con cariño. Cuando lo vio alejarse, le pareció estar viendo a un hombre que huía de la realidad, un hombre cansado por el paso de los años, un hombre excesivamente trabajado y poco feliz.

Conrad esperó unos minutos entre el gentío hasta que, al fin, pareció escucharse de repente un murmullo generalizado que se fue apagando bruscamente. A lo lejos, y sobre lo alto de la tarima de madera que le había comentado aquella tarde su padre, pudo distinguir la silueta del Señor de Segartera. Se trataba de Dagoberto. Era la segunda vez que lo veía en persona, aunque la distancia era tan considerable que apenas se

le distinguía con cierta claridad. La primera vez que lo vio acompañaba a su padre a la carpintería, apenas era un niño y no se entretuvo en mirarlo demasiado. Recordaba sus facciones, eso sí, mas con el paso de los años parecía haberse engordado en exceso.

Tras un par de minutos de espera por parte de los ciudadanos, Dagoberto pareció dirigirse a ellos. Lo cierto es que Conrad se encontraba demasiado alejado para entender ni una sola de las palabras que pronunciaba, por lo que se arrepintió en seguida de no haber acompañado a su padre hasta casa. A aquellas horas podría estar cenando al lado de él y de su madre, mas ya era demasiado tarde para el arrepentimiento. Se encontraba rodeado de tanta gente que le era materialmente imposible salir de allí. Debería esperar a que todo aquello terminase.

Al cabo de un rato comenzó a cansarse de estirar su cuello para continuar viendo lo que pasaba delante de él. Suspiró profundamente y observó el suelo arenoso donde descansaban sus pies cuando, de repente, la muchedumbre comenzó a gritar como espantada. Conrad volvió a levantar su mirada. Ante él, la multitud corría como despavorida, sin orden ni control. Era como si un animal salvaje se hubiese introducido en mitad de la plaza y atacara sin piedad a todos los ciudadanos de Segartera. El hijo del carpintero ancló sus pies al suelo con fuerza y soportó los empujones de aquellos que intentaban huir del lugar. Lanzó una mirada desesperada hacia el estrado y entonces comprendió lo que estaba ocurriendo. Entre la confusión, el miedo y los gritos, Conrad vio encima de la tarima a varios hombres armados con espadas y hachas. Uno de ellos sujetaba la cabeza recién decapitada de Dagoberto. Aquello significaba un golpe de estado contra el máximo dirigente de la ciudad y, lo que era más preocupante, una posible rebelión que podría traer graves consecuencias desde el exterior.

Estaba claro que aquellos momentos no eran los más ideales para detenerse a pensar en las consecuencias que podría acarrear el asesinato del Señor de Segartera. En aquel instante, lo más inteligente, era huir del lugar de los hechos y esconderse en casa ante posibles represalias.

Corrió sin mirar atrás, sorteando todos aquellos cuerpos que, al igual que él, trataban de huir desesperadamente. Unos empujaban con fuerza, otros caían al suelo, los más ágiles saltaban por encima de aquellos y los había que tropezaban y se veían pisoteados por el resto. Conrad trató de seguir

el camino que le había indicado su padre, rodeando la plaza Mayor y evitando así la multitud, mas el desconcierto se había apoderado de todas las calles colindantes. De repente, vio a hombres armados. Iban vestidos completamente de negro, con capuchas que cubrían sus cabezas y máscaras que ocultaban sus rostros. No llevaban la indumentaria habitual de ninguno de los ejércitos de la ciudad, ni el de tierra ni el de mar. Tanto si pertenecían al ejército como si no, eran hombres fieles a la insurrección, por lo tanto podían ser altamente peligrosos. Conrad se detuvo pegado a la pared de piedra, junto a una casa de doble altura. Trató de valorar sus posibilidades de huir de aquella zona y poder encaminarse hacia la zona del río, donde vivía juntos a sus padres, cuando, de pronto, aquellos hombres de negro se abalanzaron contra los manifestantes, los ciudadanos de a pie, los vecinos de Segartera. Comenzaron a masacrar sin piedad a todos cuantos se cruzaban en su caminar. Aquellos asesinos blandían largas espadas con las que cortaban cabezas, cercioraban brazos y piernas, atravesaban estómagos y corazones, cortaban gargantas. En apenas unos minutos, las calles de la ciudad se convirtieron en un río de sangre.

La ciudad estaba siendo claramente atacada y nadie conocía a sus agresores.

Conrad necesitaba llegar cuanto antes hasta la casa de sus padres, advertirles de lo que estaba ocurriendo para que no saliesen del hogar y no abriesen la puerta a extraños. Debía advertir a su padre para que sacase del almacén las herramientas del trabajo. Al menos contarían con algo con lo que poder defenderse en caso de ser atacados. Detlef siempre guardaba martillos, cuchillos, dagas y hasta algún hacha para cortar la madera. Cualquier cosa podría ser de utilidad en un momento tan delicado como aquel.

Como buenamente pudo, se deslizó a través de la pared que le había dado cobijo y sorteó a los soldados de negro que continuaban con su avance asesino. Se adentró en una callejuela estrecha que no estaba muy concurrida y corrió despavorido en dirección al río. Tras recorrer diferentes calles, salió hasta una explanada desde donde podía contemplarse un diminuto valle por donde discurrían las aguas del río Tauner. Lo que vieron sus ojos no lo tranquilizó. Las casas que quedaban ubicadas en aquella parte de la ciudad habían sido incendiadas. El corazón de Conrad se aceleró por momentos. Habitualmente desde aquella zona podía distinguirse la casa de sus padres sin problemas, mas el fuego era tan

intenso que apenas podía verse nada más allá de las llamas y el humo.

Continuó corriendo entre aquella hoguera de madera en la que se había convertido el pequeño poblado. Algunos vecinos deambulaban sin sentido, tosiendo, casi ahogados. Algunos pocos se habían sentado en el suelo, sin fuerzas para huir de unas llamas que los iría consumiendo sin remedio. El hijo del carpintero saltó por encima de ellos sin detenerse a auxiliar a nadie. Su única obsesión era llegar cuanto antes a su casa pero, por más que corrió, no dio con ella. De repente se detuvo con la respiración agitada. Sintió que el humo podía deshacer sus pulmones de un momento a otro. Miró en derredor. Todo cuanto le rodeaba era fuego, llamaradas y alguna que otra explosión, mas no había rastro de su casa. No comprendía cómo podía haberse pasado de largo el lugar a donde había acudido a diario. Se conocía el camino de memoria. No importaba que fuera de día o de noche. Conocía aquel poblado como la palma de su mano mas, sin embargo, por más que miraba a su alrededor no era capaz de dar con la casa que compartía junto a sus padres. Las llamas viajaban a una velocidad endiablada. A lo lejos solo podían escucharse gemidos de dolor, gritos de impotencia, sollozos con sabor a muerte. De repente, lo comprendió. Su casa había sido consumida por las llamas. Desconocía si sus padres habrían podido salvar sus vidas, mas le pareció totalmente imposible que dos personas ancianas escaparan de aquel infierno.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Continuó observando aquel paisaje de destrucción mientras las llamaradas cada vez lo acorralaban más y más cuando, de repente, unas manos lo tomaron de su rostro. Conrad era incapaz de ver más allá del fuego, era como si no reconociese a la persona que tenía frente a él, gritándole a viva voz. Tras ser zarandeado en varias ocasiones, al fin recobró el sentido de dónde se encontraba y reconoció a Lira. Era la hija del herrero.

—¡Tenemos que irnos, Conrad! ¡Tenemos que huir de aquí o moriremos nosotros también!

Conrad asintió con la cabeza, sin ser consciente de lo que deseaba en aquellos momentos. Lira lo tomó de la mano y corrieron hacia el río. Tenían que cruzar como fuera hasta la otra orilla, donde se encontraba el bosque de los Despreciados.

Se lanzaron al agua antes de que esta tomara más temperatura. Nadaron como buenamente pudieron hasta que al fin llegaron hasta la orilla contigua. Desde aquel lugar, la tragedia podía vislumbrarse con mayor nitidez. El fuego se había comido todo el poblado. No quedaba casa en pie, no quedaba ni una sola madera que no hubiese sido consumida por las llamas. El olor a cuerpo quemado era nauseabundo.

—¿Qué ha ocurrido? —Balbuocéó Conrad, aun con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—No tenemos tiempo para explicaciones, Conrad. Debemos adentrarnos en el bosque.

Capítulo 3

Eduard se había auto coronado como Señor de Segartera tras la conspiración que había encabezado contra Dagoberto, el anterior amo de aquellas tierras. Se había hecho con el control de casi todo el ejército. Aquellos que se habían opuesto a sus ideas habían sido ahorcados, bien en la plaza Mayor, bien en la dársena del puerto.

El nuevo gobernante era uno de los nobles más acaudalados de la ciudad. Un hombre de ideales fijos, que no entendía la gobernación sin mano dura. A su lado no quería a hombres débiles, a infieles o traidores y, mucho menos a deudores que no hicieran uso de sus obligaciones en cuanto a los impuestos que estaban obligados a pagar. Con Dagoberto toda aquella clase de personajes habían tenido cabida, pero con él aquello no tendría lugar. Por eso, desde el primer momento, había impuesto la ley del terror en las calles, en los comercios, en los pequeños poblados donde solían refugiarse perjuros y morosos. Para tenerlo todo controlado se había rodeado de hombres de su confianza y de soldados armados y sin escrúpulos a los que solía llamar "los hombres de negro".

Eduard no tenía intención de refugiarse en su ciudad y esperar acontecimientos, por ello, decidió emprender camino hacia Emperador y presentarse ante Benekram. Tenía claro que debía afrontar aquel paso con determinación y seguridad en sus actos. Solo de aquella manera sería aceptado por el gobernador de la capital.

Emperador era la capital de Marovia. Estaba situada en el centro del país y hacía frontera con el resto de poblaciones que conformaban aquella nación. No se le podía catalogar como reino, pues Marovia no tenía rey desde hacía cientos de años. Como toda ciudad importante tenía aglomeración de habitantes, mas también abundaban los mendigos, los tullidos y los enfermos que no tenían dónde vivir, por lo que las calles de Emperador eran como un enjambre de personajes que deambulaban sin sentido, que se acercaban a los transeúntes en busca de limosna o de un pedazo de pan que poder echarse a la boca. Tras las recientes tormentas del verano casi todas las calles se encontraban enfangadas, infinidad de carros quedaban atrapados en aquel barro que les impedía circular con cierta normalidad y en casi todas sus plazas se asentaban mercadillos donde los comerciantes ponían a la venta sus artículos. Alrededor de aquellos puestos era donde más gente se aglomeraba y donde el silencio

parecía no haber existido en toda su larga historia.

El único peligro terrestre que podía acechar a la capital era una pequeña frontera que mantenía con el Condado de Ágata, una tierra habitada casi en su totalidad por mujeres belicosas. Hasta allí solían acudir todas aquellas féminas que huían de sus territorios, bien porque sus maridos habían fallecido en alguna batalla, bien porque habían sido vendidas como esclavas y habían conseguido escapar de sus amos o bien porque habían sido acusadas de herejía y estaban pendientes de algún juicio que, con toda probabilidad, las condenaría a la hoguera. Había quien hablaba del Condado de Ágata como un lugar de brujas, donde los hombres a los que hacían prisioneros eran quemados en enormes piras y donde sus habitantes solían transformarse en lobas durante las noches de luna llena.

Tal vez fuese por aquellas leyendas negras por lo que los gobernadores de Emperador hacía más de doscientos años que habían decidido construir su castillo lejos de aquella frontera que los separaba del Condado de Ágata y se habían asentado en una confluencia apartada del centro de la ciudad y que se ubicaba entre Rueca y Santa María, dos territorios mucho más tranquilos en su zona norte. Hasta allí se dirigió Eduard con un séquito de los "hombres de negro" que le habían acompañado en calidad de escoltas.

Benekram lo recibió en la Sala de las Espadas. La llamaban así porque el gobernador de Emperador la había ordenado construir recubriendo las paredes de floretes, espadines, tizonas y sables. Mezclados y entrecruzados los unos con los otros daban una imagen de poder al regente de aquella fortaleza. Si a ello unías que toda la estancia estaba ocupada por soldados armados que protegían a su Señor, era fácil deducir que se encontraban en uno de los puntos más provocadores del castillo. Era como si Benekram, recibiendo allí a sus invitados los tratara de impresionar, al mismo tiempo que imponía su superioridad militar.

Eduard se arrodilló en el suelo, hincando una de sus rodillas sobre el frío mármol. Una capa blanca, con el escudo de Segartera a su espalda, cubría su cuerpo. A continuación, esperó a que Benekram le diese permiso para avanzar y situarse frente a él.

El gobernador de la capital se encontraba sentado en un trono de terciopelo de color azul.

—Bienvenido Eduard, te estaba esperando.

—Es un placer para mí, Señor, poder encontrarme ante su persona.

—Tengo entendido que me traes buenas noticias. Al fin hemos conseguido deshacernos de ese infructuoso Dagoberto.

—Así es, Señor. El plan salió a la perfección. No tuvimos problemas para terminar con su vida e imponer un estado de crisis en la ciudad. Por el momento, mis soldados toman cada calle de Segartera y el puerto está totalmente controlado.

—Me alegro, Eduard. Veo que has seguido mis instrucciones al pie de la letra y que has conseguido hacerte con un ejército fiel que controle la situación. ¿Cómo se lo ha tomado la población? ¿Hay muchas revueltas?

—Alguna que otra, Señor. Todavía es pronto para que los ciudadanos terminen de asimilar lo que está ocurriendo. Es lo que hablamos en nuestra última reunión, Dagoberto era un hombre débil, y casi todo el mundo se reía de él en su cara. Nadie cumplía con sus obligaciones y más que un Señor parecía una marioneta en manos de los comerciantes, los herreros, los carpinteros, los trabajadores de la tierra. Se puede imaginar que un hombre así no puede gobernar a un poblado y, mucho menos, a un ejército.

—¿Has comenzado a cobrar las deudas pendientes? —Se interesó Benekram.

—Estamos en ello, Señor. Nos vimos obligados a incendiar varios poblados de rebeldes que se opusieron desde un principio a nuestro gobierno. Al parecer, ello ha hecho recapacitar a muchos otros que ahora se encuentran recluidos en sus casas o que acuden a trabajar sin excusas. Poco a poco mis hombres irán pasando casa por casa para cobrar aquello que se adeuda.

—Quiero un informe detallado de todas las mercancías que entren por el Mar de las Aguas Verdes. Quiero que un 60% de todos esos productos vengan a parar a Emperador. El resto, el 40% deberás distribuirlo como creas conveniente. Quiero que tengas claro que todas las poblaciones de Marovia deben recibir su parte, no puedes dejar a ninguna de ellas fuera del reparto, pues de ahí es de donde luego cobramos los impuestos.

—Así se hará, Señor.

—Nunca olvides, Eduard, que tengo ojos en todas partes. No trates de engañarme pues, si así fuera, serías arrestado y enjuiciado. El poder corrompe a los hombres, mas también los hace vulnerables. En tus manos está no caer en la tentación. Trata de imponer el orden lo más rápido que puedas en las calles. No me apetece tener a los ciudadanos de Segartera en continua rebelión. Imagino que sabes de lo que soy capaz, así que mantente fiel a mi palabras y te aseguro que sin cumplas con lo que te pido, la próxima vez que nos veamos, te nombraré Señor de Segartera.

Eduard se retiró de la Sala de las Espadas realizando una genuflexión ante el gobernador de la capital. En su interior se iba decepcionado por lo acontecido. Había viajado hasta Emperador con la idea de que aquel mismo día sería coronado como Señor de sus tierras, mas Benekram no lo había considerado oportuno. Prefería mantenerlo aun a prueba, después de haber cumplido con lo más difícil y peligroso como era haber llevado a cabo un golpe de estado en el que él mismo había arrebatado la vida de Dagoberto, decapitándolo delante de todos sus fieles ciudadanos.

Capítulo 4

Conrad y Lira se adentraron en el bosque de los Despreciados, huyendo de los insurrectos que habían acabado con la vida de Dagoberto y, lo que era peor, con la de los padres del joven carpintero. Caminaron a buen ritmo durante un buen trecho, sin conversar entre ellos, tratando de huir de posibles perseguidores. Lira, que era la que mejor podía razonar en aquel momento, era consciente que los soldados no se adentrarían en el bosque para ir en su búsqueda. Apenas eran dos jovencitos que trataban de poner a salvo sus vidas, mas nadie debía considerarlos peligrosos como para alterar el movimiento militar que acababa de tener lugar en Segartera.

Era cierto que sus familiares más allegados habían caído asesinados bajo las llamas del fuego, pero también era cierto que eran ellos quienes tenían contraídas las deudas con el gobierno. ¿Quién iba a perder su preciado tiempo en buscarlos más allá del río, cuando la ciudad, en aquellos momentos, se habría convertido en una auténtica anarquía?

El bosque de los Despreciados era una especie de minúscula selva, frondosa, de enormes árboles con troncos milenarios. Era un lugar oscuro y tenebroso donde los rayos del sol apenas podían penetrar entre la abundante vegetación. Los más viejos del lugar solían contar historias terroríficas sobre aquel boscaje, leyendas negras en las que se hablaba de terroríficos asesinatos, seguramente, cometidos por animales salvajes. En más de una ocasión, algún vecino de Segartera había asegurado haber visto a alguna de aquellas extrañas criaturas. Afirmaban que de madrugada, solían llegar hasta la orilla del río en busca de presas confundidas que deambularan por la zona. Lo cierto es que Lira jamás había creído ninguna de aquellas fábulas, pues no conocía a nadie que hubiese podido desaparecer en el interior del bosque.

Tras una hora de duro caminar, se detuvieron para tomar aliento. El rostro de Conrad todavía aparecía contrito, en él se reflejaba una realidad que no quería aceptar.

—¿Por qué han quemado nuestra aldea? ¿Por qué han matado a nuestros

padres? —Preguntó, alterado y nervioso.

—No lo sé, Conrad. Yo me encontraba en casa junto a mi padre —le comentó Lira, mucho más tranquila, aparentemente—. Acabábamos de tomar los alimentos de la cena cuando, de repente, escuchamos sonidos de cascos de caballos, acompañados de fuertes gritos que ponían la carne de gallina. Quise levantarme de la silla, mas mi padre me detuvo en el acto, agarrándome fuertemente del brazo. Me indicó con un gesto de su rostro que me quedara sentada donde me encontraba, por lo que fue él quien se dirigió hacia la ventana. Yo no podía ver qué ocurría en el exterior, mas sí que alcanzaba a distinguir el color amarillento de sus antorchas encendidas. De pronto, alguien comenzó a gritar los nombres de algunos de los vecinos. Entre ellos estaban mi padre y los tuyos. He de reconocer que tuve miedo por lo que estaba ocurriendo, mas no podía imaginar que todo acabase en tremenda tragedia —Lira descansó un momento en su relato. Tomó aire y, a continuación, prosiguió—. Mi padre se acercó de nuevo hasta la mesa y me indicó que no me moviera de allí. Pasara lo que pasase me prohibía tajantemente moverme de aquella silla en la que me encontraba sentada. Me dijo que debía salir unos minutos, que pronto regresaría. Se dirigió hacia la puerta y, antes de salir, se giró hacia mí para lanzarme una última mirada. Tuve la sensación de que no volvería a hablar nunca más con él. Una vez salió a la calle escuché gritos y amenazas. “Os vamos a matar a todos” vociferaban aquellos desconocidos. No hice caso a las recomendaciones de mi padre y salté de la silla para dirigirme hasta la ventana donde minutos antes se había asomado él. Entonces fui consciente de lo que estaba ocurriendo. Pude ver a unos jinetes vestidos de negro. No sé cuántos serían, pero eran muchos. Entre todos rodeaban a muchos de los vecinos de la aldea. Algunos portaban hachas y espadas, otros solo llevaban antorchas encendidas en sus manos. Llevaban las cabezas cubiertas por capuchas que impedía ver sus rostros. Eran como hábitos de monjes pero vacíos en el interior. Por un momento tuve la sensación de estar viendo a la muerte. Los caballos fueron acercándose a los detenidos, estrechándoles el cerco, hasta que los obligaron a juntarse a todos en un círculo de carne humana. Desde mi posición fui incapaz de distinguir dónde se hallaba mi padre entre tanta gente. Fue en aquel momento cuando los hombres de negro acercaron sus antorchas y les prendieron fuego. Mientras los quemaban, otros se dedicaron a incendiar nuestras casas de madera. Me acurrugué bajo la ventana y recé a Dios para que no me encontraran, pero no tuvieron piedad y mi casa también comenzó a arder. Traté de aguantar en el interior todo cuanto pude, hasta que, finalmente, sentí como el humo entraba en mi garganta, me obstruía los pulmones y me ahogaba. Comencé a toser fuertemente, cada vez respiraba con mayor dificultad, por lo que me vi obligada a abrir la puerta y salir al exterior. Pensé que había llegado al final de mi vida, mas al verme en la calle, no vi rastro de aquellos jinetes de la muerte. Habían desaparecido dejando tras de sí

dolor y miseria. Justo en ese momento fue cuando te vi.

Conrad había escuchado con atención cada palabra de Lira. Por lo que le acababa de contar, cuando se presentó en la aldea sus padres acababan de ser asesinados. Se culpó por no haber acompañado a su progenitor cuando pudo hacerlo, lamentó haberse quedado en la plaza para escuchar el discurso de Dagoberto, se acusó a sí mismo de no haber sido más rápido en el regreso a casa y haberlos podido ayudar. Se dijo para sus adentros que de haber estado allí aquello no hubiese ocurrido. Lira debió de leer sus pensamientos, por lo que le acarició el rostro antes de consolarlo.

—No debes sentirte culpable. Hemos tenido suerte de salir con vida de ese infierno.

Tras descansar un rato, decidieron continuar camino.

—¿Adónde nos dirigimos? —Preguntó Conrad.

—A ninguna parte en particular —Contestó Lira—. Por el momento no tengo nada pensado. Mi único objetivo es alejarme todo cuanto pueda de nuestra aldea.

—Pero, deberemos regresar. Tengo allí el taller de mi padre. Teníamos muchos trabajos a medias y otros por comenzar. Gente que había confiado en nosotros y...

—¿Estás seguro de poder mantener el negocio, Conrad? Tu padre ha sido asesinado por los mismos motivos que el mío. No eran capaces de hacer frente a los impuestos que les imponía el gobierno. ¿Acaso quieres acabar como ellos? Con la muerte de Dagoberto las cosas cambiarán en Segartera. No habrá perdón para aquellos que no cumplan con los requisitos del Señor... bueno, de hecho, no sé ni quién será el nuevo Señor

de la ciudad.

Conrad se quedó pensativo, tal vez Lira tuviese razón en sus apreciaciones. Aun así, ¿qué podían hacer ellos? Ambos tenían una edad similar, jamás habían salido del amparo y la protección de sus padres y ahora se veían en mitad de un bosque que siempre había tenido fama de estar poseído por algún mal. No tenían claro hacia dónde dirigirse. Aquel bosque solo tenía tres salidas. Una era hacia el Mar de las Aguas Verdes, al oeste se ubicaba Gatónés y al norte la inmensidad del Reino de los Reyes.

—Pues deberíamos pensar rápido. La noche se nos echa encima y nos quedaremos atrapados en este lugar que provoca terror.

—Vete haciendo a la idea de que esta noche la pasaremos aquí —contestó ella—. Sé que no es el mejor lugar después de lo que hemos vivido, mas no nos queda otro remedio, Conrad. Yo no pienso volver a la aldea y mucho menos pasearme por las calles de Segartera. Voto por buscar un sitio seguro donde poder dormir y mañana cruzar la frontera en dirección al Reino de los Reyes. Allí podremos emprender una vida nueva, dicen que es un lugar donde no falta el trabajo. Puedes ofrecerte como carpintero en cualquier construcción. Siempre hay iglesias, monasterios o castillos que están a medio levantar.

—¿Y tú qué harás? —Preguntó Conrad.

—Me buscaré la vida como sea. No te preocupes por eso.

Lira miró a los ojos del hijo del carpintero. Siempre le había parecido un joven apuesto y responsable. Un hijo obediente y trabajador. El típico adolescente que cualquier familia querría tener en su seno. Le entristecía verlo tan afectado por la muerte de sus padres. Se preguntó por qué ella no se encontraba igual. ¿Acaso era más fuerte o peor persona? Estuvo a punto de besarlo cuando, de repente, el sonido de unos matorrales se

escuchó en la distancia.

—¿Qué ha sido eso? —Preguntó el joven.

Lira se quedó observando toda aquella vegetación que los rodeaba y los envolvía en un manto verde y húmedo. La noche debía estar acercándose, a pesar de que la iluminación que se filtraba desde el exterior era mínima y era casi imposible saber cuándo era de día y cuándo de noche. El sonido entre el follaje se volvió a escuchar con cierta claridad, mas, en esa ocasión iba acompañado de una especie de gruñido. La joven continuaba con su mirada al acecho cuando, de pronto, Conrad, que se encontraba detrás de ella, le gritó con fuerza.

—¡Corre, Lira, corre!

La joven no se entretuvo en preguntar qué era aquello que su amigo había visto. Corrió tras sus pasos a toda prisa, saltando por encima de las raíces de los árboles, sorteando plantas silvestres, tratando de evitar las zonas más pedregosas para no tropezar ni resbalar. Se negaba a mirar atrás, mas escuchaba claramente el pisar de alguna bestia que los perseguía a toda velocidad.

Continuaron corriendo uno al lado del otro hasta que, al fin, se encontraron con una especie de roca que tenía una pequeña abertura. Conrad se lanzó con agilidad al suelo y se introdujo en la hendidura de la piedra. Desde el interior, tomó las manos de Lira y tiró de ellas con fuerza. Apenas unos segundos después un animal gigante de fauces babosas, se detuvo frente al pequeño hueco por donde se habían introducido los dos jóvenes. Estos se mantenían tumbados en la tierra, observando y atemorizados, los movimientos de aquel extraño ser de color oscuro y enormes colmillos. El animal arañaba la tierra con fuerza, tratando de engrandecer aquel agujero por donde habían escapado sus presas. A pesar de su enorme corpulencia, no dio síntomas de ser un ágil cazador. Sus movimientos no eran rápidos y, tras un corto espacio de tiempo, el animal se cansó y se retiró de la roca para adentrarse nuevamente entre la espesa vegetación.

Conrad y Lira se encontraban uno casi encima de la otra. Aquella mínima cueva apenas tenía cavidad para los dos cuerpos. Esperaron sin pronunciar palabra, por si el animal continuaba al acecho. Finalmente se fueron tranquilizando, sus respiraciones volvieron a su estado natural, hasta que Lira, preguntó.

—¿Qué hacemos ahora?

—Lo más seguro es pasar la noche aquí. Cuando descansemos lo suficiente, saldremos en dirección al Reino de los Reyes. Hacer noche en mitad de este bosque es demasiado peligroso, al menos aquí podremos estar a salvo.

—Prométeme que cuando salgamos de aquí buscarás algo de comida —pidió la joven.

—Imagínate como estoy yo, llevo sin comer todo el día —confesó Conrad, recordando que aquella noche estaba dispuesto a cenar los alimentos fríos que su madre habría preparado con tanto esmero.

Capítulo 5

El jinete cabalgaba a paso lento. Había conseguido traspasar las montañas fronterizas que separaban Gatonés del Reino de los Reyes. A su lado viajaba un monje de mediana edad que le había sido impuesto como escudero en caso de dificultades. El religioso era un hombre demasiado charlatán para el gusto de Eckart, mucho más acostumbrado a la soledad en sus travesías.

Desde hacía varios años se había convertido en el hombre de confianza del Señor de Gatonés, un hombre admirado por sus súbditos, de carácter afable y tranquilo, pero que no consentía la traición. Cuando uno de sus ciudadanos le mentía o, trataba de engañarlo, siempre enviaba a Eckart para que tomase cartas en el asunto. Él era el que realizaba el trabajo sucio. Y lo cierto es que a Eckart no le importaba llevarlo a cabo. Jamás había sentido nada especial por aquellos que le rodeaban, había dejado de tener sentimientos hacía demasiado tiempo, poco a poco se había ido convirtiendo en un hombre arisco y rudo, capaz de quitar la vida a cualquier rival sin sentir el más mínimo remordimiento por ello. Los vecinos de Gatonés lo conocían a la perfección. Sabían que no podían cometer errores contra Filibert, pues, de suceder así, deberían enfrentarse a los métodos duros de su mejor esbirro.

A pesar de encontrarse en verano, aquellas montañas fronterizas, todavía mantenían las cumbres nevadas como consecuencia del último invierno. Sus cimas eran altas e imponentes y los caminos a recorrer, estrechos, rocosos y resbaladizos. Por ese motivo, habían decidido cabalgar con precaución, sin correr riesgos ante posibles desprendimientos. Ello había facilitado a Gabriel, el monje, hablar todo cuanto deseaba, a pesar de que Eckart, la mayoría de las veces, ni lo escuchase ni le prestara la más mínima atención.

—¿Por qué nos dirigimos al Reino de los Reyes? —Fue una de las pocas cuestiones que a Eckart lo sacó de sus propios pensamientos.

—Buscamos a un hombre.

—¿Por qué razón?

—Ha huido tras no efectuar el pago anual al que está obligado. Aparte de ello, está acusado por su propio hermano de tomar carnalmente a la mujer de éste por la fuerza.

—¿Violó a la mujer de su hermano?

—Eso dicen. La verdad es que tampoco es de mi incumbencia. Allá cada cual con lo que haga con sus actos.

—No será de tu interés, pero eres el encargado de ir en su búsqueda. ¿Eres capaz de desinteresarte de las penas que se le puedan atribuir a cualquier hombre? ¿No has pensado que tal vez pueda ser inocente?

Eckart se encogió de hombros a lomos de su caballo.

—No me pagan por pensar, sino por acatar las órdenes del Señor de Gatonés.

—¿Eres un mercenario o un ejecutor de Filibert? —Las palabras del monje rozaban la herejía, mas Eckart no se las tenía en cuenta. Desde que habían salido juntos de Gatonés, se había percatado de que era un charlatán sin maldad.

—Digamos que soy un agente de la ley.

Tras unos minutos de silencio en los que el monje pareció quedarse satisfecho con las escuetas contestaciones de Eckart, volvió a preguntar sin aprensión en sus palabras.

—El Reino de los Reyes es un Estado muy grande. ¿Cómo pretendes que encontremos a un hombre en un lugar tan atestado de gente? Tengo la impresión que no va a ser tarea sencilla.

—No debes preocuparte por esos menesteres. Tú céntrate en acompañarme y en estar alerta ante los peligros que podamos correr. Tu misión es la de protegerme. Yo me encargaré de encontrar a Gottfried.

—¡Vaya! —Exclamó el monje—. Así que se trata de Gottfried.

—¿Lo conoces?

—Lo he visto algunas veces por la iglesia. Es un hombre religioso. Parece un buen cristiano. Me extraña que esté acusado de las causas que se le imputan. Es cierto que se trata de un hombre solitario y silencioso, mas eso no es una característica para condenarlo. Tampoco tú eres demasiado hablador como he podido comprobar. Por lo que sé se trata de un hombre tosco que se pasa el día trabajando en su pequeña parcela de tierra. No es por defenderlo, pero tal vez fue provocado por la mujer de su hermano. Muchas mujeres llevan el diablo en su interior y, en cuanto a sus deudas, ¿quién sabe? Tal vez haya tenido una mala cosecha y no haya podido hacer frente a los impuestos.

—¿Eres un monje o un maldito abogado del diablo? —Preguntó Eckart con rotundidad.

Gabriel no contestó a aquella cuestión comprometedor. Aun así, tampoco se quedó callado.

—A veces los hombres cometen errores y no son capaces de reconocerlos y confesarse ante Dios por ellos. Pienso que el desliz de Gottfried es no haberse presentado ante el padre Hansel y solicitarle confesión. Haberse acercado a Nuestro Señor Jesucristo le hubiese descargado de culpabilidad. El padre de nuestra parroquia podía haberle aconsejado para actuar correctamente e, incluso, podría haber interferido en su favor en cuanto a las deudas contraídas ante el gobierno. El tema de la mujer de su hermano podría haberse solucionado...

—¡Cierra la boca! —Le indicó Eckart con dureza.

El jinete acababa de escuchar un sonido extraño, parecido al ronquido de un caballo. Eckart se detuvo en su tranquilo cabalgar y observó alrededor de ellos. Habían traspasado la zona más peligrosa de aquellas montañas, por lo que el camino se había ido ensanchando, al tiempo que se rodeaba de cierta vegetación, a medida que descendían de las cumbres.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Gabriel en un susurro.

—Shhhhh —Fue toda la respuesta que recibió del agente de la ley, como Eckart se había denominado a sí mismo.

Tras unos instantes de confusión, donde no volvieron a escuchar nada más, se prepararon para continuar la marcha cuando, de repente, dos tipos, acompañados por un caballo, salieron de entre la maleza. Vestían ropajes pobres, rasgados por varias zonas y tan sucios que parecían haber estado revolcándose por los caminos arenosos que los habían precedido. Se situaron delante de Eckart y el monje.

—¿Quiénes sois? ¿Qué buscáis por estos lares? —Preguntó uno de ellos desde la distancia, mostrando una dentadura a la que le faltaban bastantes piezas.

—Un monje y un penitente —Contestó Eckart desde lo alto de su caballo, el cual parecía moverse nervioso.

—No pareces un nazareno, amigo. ¿Acaso tratas de engañarme con tal burda patraña? Seguramente, ni tu compañero sea un religioso.

—Es tu problema si no te crees mi palabra. No estoy aquí para convencer a un desconocido que impide mi paso por la montaña, un lugar libre para cualquier caminante.

—Estáis muy cerca de la frontera. Debéis pagar el peaje si queréis pasar.

—¿Acaso eres el tesorero de las cumbres? —Eckart sonrió tras pronunciar sus palabras. Los dos extraños se miraron entre sí y soltaron sonoras carcajadas. Les había hecho gracia la forma en que aquel jinete los había catalogado.

—Llámanos como quieras, amigo, mas no pasaréis si no pagáis.

El esbirro de Filibert comenzaba a cansarse de tanta charla simple y tanta amenaza que no conducía a ninguna parte. Aquellos dos estúpidos le estaban haciendo perder un tiempo necesario para llegar al Reino de los Reyes antes del anochecer. No estaba dispuesto a hacer noche en aquel paraje frío y desolador. Bajó del caballo y se dirigió a ellos con paso firme y tranquilo. A medida que avanzaba fue mascullando la situación. Se encontraban en un lugar apartado y olvidado, cerca de la frontera, pero no controlado ni vigilado por los vigías que, seguramente, se encontrarían más adelante. Si debía de pagar, lo haría cuando no tuviera más remedio que hacerlo para continuar su camino.

—¿Cuánto cobráis por dejarnos pasar? —Les preguntó en cuanto los tuvo

a su altura.

—Dos monedas.

—Cuatro —Respondió el otro—. Ten en cuenta que son dos, hermano. Si pagas dos monedas, pasarás tú solo. Con cuatro monedas podréis pasar los dos.

Eckart se volvió hacia el monje y, desde la distancia, le dijo.

—¿Has visto hermano Gabriel? Nuestras vidas valen dos monedas por cabeza. ¿Tú qué opinas?

Gabriel se encogió de hombros como dando a entender que la vida era así de injusta.

—Pienso que la vida de un monje vale más que la de un nazareno. No veo justo que ambos tengamos el mismo valor para estos dos buenos hombres. Yo creo que sería interesante negociar ese detalle. Sería un deshonor para mí llegar hasta el Reino de los Reyes y comentarle al obispo de la catedral que sólo se me ha valorado por dos míseras monedas.

Mientras el monje continuaba hablando, algo que se le daba muy bien, Eckart extrajo del interior de su chaquetilla un estilete de hoja fina y afilada. Cuando estuvo preparado, se giró de nuevo hacia los hermanos que le cortaban el paso y, de un rápido movimiento lanzó su arma con tal precisión que fue a incrustarse en la garganta de uno de sus adversarios. El movimiento fue tan rápido que el otro apenas se percató de ello hasta que no vio a su compañero arrodillarse a su lado, con las manos ensangrentadas tratando de agarrarse el cuello.

El que todavía se mantenía en pie, trató de sacar una daga que llevaba escondida, mas el fraile fue más rápido que él y lo acechó con su caballo. Le dio el tiempo suficiente a Eckart para que extrajese de nuevo el estilete del cuello del moribundo y lo volviese a lanzar con idéntica precisión que la primera vez. En esta ocasión, atravesó el pecho del asaltador de caminos, para matarlo en el acto.

A continuación, Eckart se acercó hasta su caballo. Extrajo de una alforja una cantimplora de cuero, donde llevaba el agua y se lavó la sangre de las manos.

—Ya hablaremos tú y yo si tu vida vale más que la mía —le dijo a Gabriel, mientras volvía a subir a lomos de su caballo para continuar el camino. Ni siquiera perdieron el tiempo en esconder los cadáveres.